

Tema Central

Aventuras de un cartógrafo mestizo en el campo de la comunicación

Jesús Martín Barbero

El Pensamiento de Martín Barbero: La situación Colombiana y los replanteamientos de la política desde la cultura y la comunicación en América Latina de fin de siglo

Fabio López de la Roche

AVENTURAS DE UN CARTÓGRAFO MESTIZO EN EL CAMPO DE LA COMUNICACIÓN

Dr. Jesús Martín-Barbero

"Lo que aquí llega trae las huellas de un largo recorrido. Venía yo de la Filosofía, y por los caminos del lenguaje, me topé con la aventura de la Comunicación. Y de la heideggeriana morada del ser dÍ con mis huesos en la choza-favela de los hombres, construída en barro y cañas pero con radiotransistores y antenas de televisión. Desde entonces trabajo aquí, en el campo de la massmediación, de sus dispositivos de producción y sus rituales de consumo, sus aparatajes tecnológicos y sus puestas en espectáculo, sus códigos de montaje y reconocimiento."

Introducción a "De los medios a las mediaciones"
Jesús Martín Barbero



Con esas palabras, que resumen mis veinticinco años de andariego por el campo de la comunicación, quiero abrir mi propio encuentro con los estudiosos y comunicadores de Iberoamérica que se han dado cita en Cartagena de Indias, una de las más densamente mestizas ciudades de nuestra América, convocados por la Segunda Bial de la Comunicación. Y como mi trabajo en este campo ha tenido, y sigue teniendo, tanto o más de aventura colectiva que personal, pues su verdadero ámbito ha sido el del proceso de consolidación de los estudios de comunicación a lo largo y ancho de América Latina -y una intensa mediación de ésta con España- es de esa aventura que les voy a hablar. De ahí que deban tomar el relato en primera persona más que como una marca de protagonismo como la argucia discursiva de un cronista para dotar de hilo a la trama y de suspense a la narración.

Los desafíos estratégicos

A la vuelta de hacer el Doctorado en Lovaina y París, julio de 1973, que la recién estrenada Facultad de Comunicación Social de la Universidad Tadeo Lozano en Bogotá -que aún no había sacado su primera promoción de egresados- me ofreció la posibilidad de abrir un área de investigación. Me embarco así en una experiencia arriesgada pero preciosa: la de plantearle a los estudios de comunicación la tarea de ligar la incipiente profesionalización de un oficio con la de la construcción de un campo de problemas de investigación, esto es la de convertir esos estudios en Colombia en un área específica de producción de conocimiento. La experiencia fue tan intensa como breve; por problemas internos de la universidad año y medio después el proceso fue interrumpido y la mayoría de profesores de la facultad debimos abandonar esa Universidad. En el plano personal sin embargo la experiencia cuajó al reubicar mi proyecto investigativo y docente en el ámbito académico de la comunicación. Ese año y medio habían sido suficientes para convencerme de que la comunicación era un espacio estratégico para comprender algunas de las transformaciones más de fondo de nuestras sociedades. Y a la vez que permitía el aprovechamiento de mis estudios filosóficos, semióticos y antropológicos, me proporcionaba un peculiar anclaje político en la realidad sociocultural del país. Estaba así listo para iniciar la aventura más larga y densa de mi vida: la creación, y el acompañamiento por más de veinte años, del Departamento de Ciencias de la Comunicación en la Universidad del Valle.

En julio de 1975, después de un polémico proceso de propuestas y debates, que implicó -como nunca antes había sucedido- a la Universidad entera en el diseño del programa curricular, echamos a andar el Departamento y su primer plan de estudios, con cincuenta alumnos seleccionados entre cerca de trescientos, y con un equipo de profesores entre los que se hallaban algunos de los investigadores sociales más importantes de Colombia en ese momento: el historiador Germán Colmenares; el economista Edgar Vásquez; el inclasificable Estanislao Zuleta y el filósofo español exilado Francisco Jarauta.

¿Qué fue lo que hizo tan polémico ese Plan de Estudios que hasta el director del ICFES llegó a solicitarme bibliografía para poder defenderlo ante un consejo directivo que se mostraba contrario a su apertura? yo diría que fue el intento de repensar tanto el cuadro de saberes desde los que adquirirían relevancia los medios y procesos de comunicación como los rasgos del oficio mismo del comunicador. En un momento en el que las Escuelas de Periodismo habían comenzado a llamarse Facultades de Comunicación Social -cambio que, dicho sea de paso, y contra lo que muchos pensaron entonces, no se debió a ninguna conjura de izquierdas sino a una propuesta de la CIESPAL, en Quito, inspirada desde los Estados Unidos, y apoyada por la UNESCO y la OEA- pero en las que predominaba aún el aprendizaje de destrezas periodísticas aderezadas con algunos complementos humanísticos, en la Universidad del Valle intentamos repensar el oficio del periodista a la luz de las nuevas sensibilidades de los jóvenes caleños ya en el año 75 inmersos en la cultura audiovisual y del rock. De manera que el primer reto que nosotros nos planteamos fue

el de diseñar un oficio contemporáneo de la sensibilidad configurada por el cine, la música y la televisión, es decir empezaban a jugar en los procesos políticos y culturales de modernización del país.

El segundo ingrediente de configuración del oficio del comunicador fueron las nuevas demandas de comunicación que venían de los sectores populares y que no cabían ni en las lógicas de los grandes medios ni en las propuestas de un Estado clientelista y caciquil. Nos sentíamos ante el reto de dar forma a las demandas e iniciativas de lo que en ese tiempo se llamó comunicación y educación popular o comunicación alternativa, que es lo que, andando el tiempo, se convertiría en las radios y televisiones comunitarias.

Del lado del currículo lo más polémico fue atrevernos a ubicar de pleno el estudio de la comunicación en el ámbito explícito de las ciencias sociales y en del análisis cultural, inspirado en ese entonces en la semiótica. En un tiempo en el que la Teoría de la Dependencia estaba posibilitando la apropiación latinoamericana de la sociología, de la historia y la economía, nosotros quisimos hacer un plan de estudios que asumiera, sin ningún chauvinismo ni provincianismo, la posibilidad de trabajar creativamente en la producción de una teoría de comunicación que tuviera como ejes las culturas y las prácticas comunicativas propias de América Latina, la historia de su dominación, y por lo tanto los conflictos sociales, los desequilibrios de la información en unas sociedades como las nuestras. configuraciones tanto por los intereses privados de los medios como por las injerencias de las instituciones políticas. Fue desde ahí que intentamos construir una concepción de comunicación que -en lugar de la tendencia que nos venía del Norte para convertir el estudio de la comunicación en una "disciplina propia" cuya base científica se hallaba en la psicología- nos exigía trabajar interdisciplinariamente con sociólogos y antropólogos, con historiadores y economista. Pues necesitábamos de todos ellos para comprender la envergadura de los procesos de comunicación e incomunicación que vivían nuestros países, y el sentido y alcance de la presencia de los medios en esos procesos, las muy diversas modalidades de censura y los desequilibrios en la libertad de expresión, la precariedad de nuestras sociedades civiles, y la falta de comunicación de nuestras instituciones políticas con los ciudadanos.

La propuesta tenía de sobra generar resistencias, tanto de derechas como de izquierdas. De ahí que no alcanzara a tener legitimidad sino cuando se vio avalada por un intenso diálogo con otros países de América Latina como Perú y México inicialmente. Habíamos creado el Departamento de Ciencias de la Comunicación en 1975 y ya a fines de 1977 me invitaron como ponente al primer Encuentro de Facultades de Comunicación Social, que tuvo lugar en México en la UAM Xochimilco, y pocos meses después se realiza en Lima el Encuentro de Facultades del que nacería FELAFACS. Lo curioso es que a ambos encuentros fui invitado -y con todos los gastos pagados por las instituciones convocantes- no como representante oficial de las Facultades de Comunicación de Colombia sino como un outsider, ¡cómo coordinador de una experiencia académica heterodoxa cuya existencia sólo podía haber sido conocida por el correo de las brujas! Pronto los interlocutores se

innovadora se halla en la red de radios comunitarias del Pacífico, en la que han jugado un papel importante profesores y egresados de la Escuela de Comunicación de Univalle.

Todo el proceso nos probó que se podía, y se debía, pluralizar las figuras del comunicador. Que el comunicador no tenía por qué ser solamente un informador. Pues en el campo de la educación había un terreno fértil, abierto, urgido de la presencia de un tipo de comunicador nuevo; y lo mismo en el campo de la cultura. La clave quizá estuvo en que mientras en la mayoría de las facultades de comunicación cuando los alumnos iban a hacer su trabajo de grado la pregunta que delimitaba los oficios era ¿en qué medio -prensa, radio, televisión- quieres trabajar?, nosotros logramos cambiar esa pregunta, y hacerles otra ¿Dónde querrías trabajar: en un barrio de Aguablanca, en una institución pública, en una empresa de periodismo, en una empresa editorial, en una ONG?, ¿en una institución de la comunidad o una gran empresa industrial? Con lo que lo puesto en primer plano era el ámbito o contexto sociocultural, y a partir de ahí -de las demandas y problemas que planteaba ese ámbito- se escogería el medio. Esto es, la pregunta por el objetivo del comunicar, por los fines o la finalidad de la comunicación era la que debía regir la selección del medio, en su doble sentido, el de la relación medios/fines y el del tipo de medio comunicación a elegir. Quizá esto suene hoy a demasiado romántico, la impregnación neoliberal no sólo de la economía sino de la sociedad pareciera sacar de la discusión todo lo que no sea formar comunicadores para la competencia a muerte por los nichos laborales del mercado. Y sin embargo hasta en términos laborales nuestra propuesta tuvo eco. Pues ni el fetiche del medio de moda, ni la fascinación adolescente por los medios más "vistosos" asegura ninguna opción laboral

América Latina: un continente a descubrir investigándolo

Si del lado de la docencia en Comunicación la fuente de mi experiencia estuvo en Cali, en la Universidad del Valle, el eje de mi otra aventura, la de la investigación, se halla en ALAIC, la Asociación Latinoamericana de Investigadores de Comunicación, que el año pasado cumplió veinte años. Y aunque el tango nos diga que "veinte años no es nada", la verdad es que aquellos años finales de los setenta nos quedan bien lejos, demasiado lejos. Por eso es con no poca nostalgia, de la buena que los recuerdo: aquella mezcla de utopía democrática y solidaridad militante con los exiliados de Argentina, Brasil, Chile, Uruguay -aquel afán por poner a encontrarse a los latinoamericanos en un proyecto común que hiciera verdad eso que constituía nuestro objeto de estudio: la comunicación; aquella visión a la vez ancha y comprometida de la tarea del investigador. ALAIC nació pobre en recursos- lo que nos obligó a poner a trabajar la imaginación ya fuera para reunirnos, aprovechando congresos y seminarios sobre temas vecinos, o para financiar proyectos, como las bibliografías nacionales de investigación en comunicación que publicamos en los años ochenta- pero con una enorme riqueza de pensamiento. Fue en aquellos primeros seminarios de ALAIC que mi extraviado filósofo encontró su lugar y su tarea en pensar la comunicación desde la cultura y las mediaciones. Y en el constante trasiego de Encuentros, Congresos y Seminarios de esos años fue tomando cuerpo mi identidad

de latinoamericano. Que en esto último no se trata de una cuestión retórica sino de un cambio de piel -¿quien fue el que dijo "lo más profundo es la piel?"- lo prueba la polémica que suele suscitar mi respuesta a la pregunta de si después de tantos años en Colombia, me siento español (*) o colombiano: no dejé de ser español para hacerme colombiano, si puedes entenderlo soy... latinoamericano [(*) N. Del E.: El Dr. Jesús Martín Barbero nació en Ávila (España), en 1937]. En cuanto el descubrimiento de mi lugar y mi tarea, se halla marcado por la arriesgada búsqueda compartida con Patricia Anzola, nuestra inolvidable pionera colombiana en estudiar las políticas de comunicación junto con Elizabet Fõx, los argentinos Héctor Schmucler, Alcira Argumedo y Heriberto Muraro, el brasileño Luis Gonzaga Motta, el boliviano Luis Ramiro Beltrán, los peruanos Rafo Roncagliolo y Lucho Peirano, los venezolanos Elizabeth Safar, Antonio Pascuali y Oswaldo Capriles, las mexicanas Fátima Fernández y Beatriz Solís, y los chilenos Fernando Reyes Matta, Giselle Munizaga, Diego Portales... (que conste que esto no es un llamado a lista de los "fundadores" sino el tejido de nombres que emerge a mi memoria cuando recuerdo los años del arranque). Y ¿cómo no meter en el mapa de los inicios las reuniones en el ILET (México), en la CIESPAL (Quito) en el CIID (Bogotá), en la CLACSO (Buenos Aires)? Pero como esto tampoco es una historia resumida de ALAIC, de sus luchas por sobrevivir, de sus tiempos de existencia subterránea y sus renacimientos, hasta aquí llega la nostalgia.

Y comienza el recuerdo de que lo más importante de esas redes, que se crean a fines de los 70, va a ser autoconciencia de la propia creatividad. Es decir, que a diferencia de la inmensa mayoría de los trabajos que se producían en ese momento y que tenían como elemento legitimador textos norteamericanos y europeos, nosotros comenzamos a citarnos entre latinoamericanos. Si de algo me he preciado alguna vez en la vida es de haber escrito un libro, "De los medios a las mediaciones", publicado en Barcelona en 1987, en cuya bibliografía de cerca de cuatrocientos títulos, casi la mitad son de latinoamericanos. Y ello era fundamental, porque era reconocer y demostrar que aquí también se estaba creando pensamiento, y que a pesar de las dificultades para su circulación y de los recelos que nos habían aislado, era posible ver como convergían trabajos de diferentes disciplinas, de diferentes horizontes ideológicos y, por su puesto, de diferentes espacios geográficos. Poco a poco nos fuimos dando cuenta de que estábamos dejando de ser invitados a Europa o los Estados Unidos como "informantes nativos" de las exóticas prácticas de comunicación latinoamericanas para pasar a ser colegas que debaten con los del "primer mundo" como contemporáneos, aunque cada cual desde su territorio. La mejor prueba de lo que acabo de afirmar es el Encuentro organizado por Philip Schiesiger en Sterfin, Escocia, en noviembre de 1996, cuyo objetivo fue el debate de los trabajos sobre comunicación y cultura de Néstor García Canclini, Renato Ortiz y los míos, a partir de un documento previamente elaborado por él y donde tuvimos como comentaristas de nuestras tres ponencias a un grupo espléndido de investigadores ingleses y norteamericanos de la talla de Stuar Hall, Maryorie Ferguson y Helge Roning.

¿Cómo llegamos a esa interlocución? Me apoyaré otra vez sobre algunos hitos de

mi propia trayectoria. En 1982 celebramos en Lima un congreso internacional sobre Comunicación y poder, que reunió por primera vez a investigadores de toda América Latina y España, con una notable presencia, por primera vez, de investigadores brasileños. Fue un evento en el cual todo el tema de fondo fue el poder de la comunicación y el referente básico de la mayoría de las ponencias fueron las "nuevas tecnologías". Yo acababa de llegar de un año en Europa recogiendo documentación para la investigación sobre "las matrices populares de lo masivo". Que unos años después se convertiría en el libro "De los medios a las mediaciones", y comencé planteando la no-contemporaneidad entre las tecnologías de comunicación y sus modos de uso en América Latina, incluida la asimetría entre el discurso de los medios y el discurso desde el cual la gente los lee, los oye o los ve. Con lo que estaba introduciendo un giro de 180 grados en la reflexión dominante en ese Congreso, ya que lo que buscaba enfocar eran nuestros propios modelos de análisis del poder, desde los cuales, a mi ver, no eran pensables los modos en que las clases populares, o sea las mayorías, se apropian de los medios. Para lo cual remití a lo que el brasileño Hugo Assman había llamado "las formas populares de la esperanza", esto es, a la relación entre las formas de sufrimiento y las formas de rebelión popular, a sus voluntarismos y sus furias, a su religiosidad y su melodramatismo, en una palabra a su cotidiana cultura, y con ella, a sus movimientos de resistencia y de protesta y las expresiones religiosas y estéticas, es decir, no directamente políticas, de sus movimientos. ¿Qué derecho tenían ciertas izquierdas a escandalizarse de la despolitización que sobre esa cotidianidad y esas expresiones efectúa la cultura de masa si durante años fueron ellas mismas las que sistemáticamente las despolitizaron a través de una concepción de la vida tan maniquea como la que criticaban y de una contradictoria visión aristocrática, de la cultura? Pero para eso necesitábamos tomar en serio el espacio del receptor, esto es, del dominado y de su actividad: la de complicidad pero también la de resistencia. Pues en América Latina, a diferencia de Europa y los Estados Unidos, la cultura de masas opera no sólo entre un proletariado minoritario sino entre unas clases populares y medias a cuya desposesión económica y desarraigo cultural corresponden una memoria que circula y se expresa en movimientos de protesta que guardan no poca semejanza con los movimientos de la Inglaterra de fines del siglo XVIII y la España del siglo XIX. Y terminé aludiendo a ese largo proceso de gestación del estado-nación que en Europa lleva desde mediados del siglo XVII hasta el XIX, el proceso de culturación de las masas que, destruye las culturas locales y convierte a la bruja en el blanco predilecto de la Inquisición. Y de cómo los anarquistas fueron los únicos de izquierda que entendieron la cultura popular y supieron apoyarse en el saber y las creencias populares para generar conciencia revolucionaria.

Al finalizar mi intervención, un joven levantó la mano y enfáticamente me preguntó: "Si todos lo otros conferencistas están hablando del poder de los medios que vienen de la tecnología, ¿qué hace usted hablando de las brujas y los anarquistas? ¿Me quiere explicar de dónde viene esa obsesión suya con lo popular?". Mi respuesta espontánea, impensada, que me ha llevado después tiempo para entender yo mismo lo que quise decir, fue: "Quizás lo que estoy haciendo cuando, desde la investigación, valoro tan intensamente lo popular es rendir un secreto homenaje a mi madre". Y ha

sido con el tiempo que he ido comprendiendo el sentido de esa respuesta en la línea en que Gramsci escribió: "Sólo investigamos de verdad lo que nos afecta" y, afectar viene de afecto. La relación de la investigación con mi madre residió en que ella sintetiza en mi memoria lo más rico y profundo de la cultura popular: su solidaridad en los duros tiempos de la posguerra, su capacidad de aglutinar a la gente para defender sus derechos, su generosidad quitándonos parte de lo que nos correspondía por la cartilla de racionamiento para dárselo a los más pobres, y también su profunda religiosidad, de la que según ella misma, era de donde sacaba su fuerza, su energía.

Otro hito. A mediados de los 80 lidero, frente al escándalo de no pocos colegas, la primera investigación latinoamericana sobre la telenovela. Investigadores de México, Perú, Colombia, Brasil, Argentina y Chile, reunidos en Cali con apoyo de ALAIC y de FELAFACS, nos damos a la tarea de investigar la densidad cultural de los conflictos que moviliza la relación entre televisión y cultura popular, y la necesidad entonces de una crítica capaz de distinguir la necesaria denuncia de la complicidad de la televisión con las manipulaciones del poder y los intereses mercantiles, del lugar estratégico que la televisión ocupa en las dinámicas de la cultura cotidiana de las mayorías, en la transformación de las memorias y las sensibilidades y en la construcción de imaginarios colectivos desde los que las gentes se reconocen y representan lo que tienen derecho a esperar y desear. Pues nos encanta o nos dá asco, la televisión constituye hoy, a la vez, el más sofisticado dispositivo de moldeamiento y cooptación de los gustos populares, y una de las mediaciones históricas más expresiva de matrices narrativas, gestuales, escenográficas del mundo cultural popular, entendiendo por éste no las tradiciones específicas de un pueblo sino la hibridación de ciertas formas de enunciación, de ciertos saberes narrativos, de ciertos géneros dramáticos y novelescos de las culturas de Occidente y de las mestizas culturas de nuestros países.

En mi larga, personal, indagación sobre la telenovela y sus usos sociales he tratado sobre todo de comprender la profunda compenetración -la complicidad y complejidad de relaciones- que hoy se producen en América Latina entre la oralidad que perdura como experiencia primaria de las mayorías y la visualidad tecnológica, esa forma de "oralidad secundaria" (W.Ong) que tejen y organizan las gramáticas tecnoperceptivas de la radio y el cine, del video y la televisión. Pues por más escandaloso que nos suene es un hecho cultural insoslayable que las mayorías en América Latina se están incorporando a, y apropiándose de, la modernidad sin dejar su cultura oral, esto es no de la mano del libro sino desde los géneros y las narrativas, los lenguajes y los saberes, de la industria y la experiencia audiovisual. Estudiar los medios de comunicación en América Latina se ha vuelto, entonces, una cuestión de envergadura antropológica. Pues lo que ahí está en juego son hondas transformaciones en la cultura cotidiana de las mayorías, y especialmente en unas nuevas generaciones que saben leer, pero cuya lectura está atravesada por la pluralidad de textos y escrituras que hoy circulan. La complicidad entre oralidad y visualidad no remite entonces a los exotismos de un analfabetismo tercermundista sino a la persistencia de estratos profundos de la memoria y la mentalidad colectiva sacados a la superficie por las bruscas alteraciones del tejido tradicional que la propia aceleración

modernizadora comporta" (G. Marramao). Y es que, como en las plazas populares de mercado, en el melodrama telenovelesco está todo revuelto: las estructuras sociales y las del sentimiento, mucho de lo que somos -machistas, fatalistas, supersticiosos- y de lo que soñamos ser, la nostalgia y la rabia. En forma de tango o de telenovela, de cine mexicano o de crónica roja, el melodrama trabaja en estas tierras una veta profunda del imaginario colectivo, y no hay acceso a la memoria ni proyección al futuro que no pasen por el imaginario.

Tercer hito. Desde inicios de los años noventa la configuración de los estudios de comunicación muestra cambios de fondo. Que provienen no sólo ni principalmente de deslizamientos internos al propio campo sino de un movimiento general en las ciencias sociales. Los procesos impulsados por la globalización económica y tecnológica desbordan por entero los alcances de la teoría de la dependencia o del imperialismo obligando a pensar una trama nueva de territorios y de actores, de contradicciones y conflictos. Los desplazamientos con que se buscará rehacer conceptual y metodológicamente el campo de la comunicación provendrán de la experiencia de los movimientos sociales y de la reflexividad que articulan los estudios culturales. Se inicia entonces un corrimiento de los linderos que demarcaban el campo de la comunicación: las fronteras, las vecindades y las topografías no son las mismas de hace apenas diez años ni están tan claras. La idea de información - asociada a la innovación tecnológica- gana legitimidad científica y operatividad mientras la de comunicación se desplaza y aloja en campos aledaños; la filosofía, la hermenéutica. La brecha entre el optimismo tecnológico y el escepticismo político se agranda emborronando el sentido de la crítica.

Se abre paso entonces la conciencia creciente del estatuto transdisciplinar del estudio de la Comunicación, hecha evidente por la multidimensionalidad de los procesos comunicativos y su gravitación cada día más fuerte sobre los movimientos de desterritorialización e hibridaciones que la modernidad latinoamericana produce. En esa nueva perspectiva "industria cultural" y "comunicación masiva" son el nombre de los nuevos procesos de producción y circulación de la cultura, que corresponden no sólo a innovaciones tecnológicas sino a nuevas formas de la sensibilidad. Y que tienen si no su origen al menos su correlato más decisivo en las nuevas maneras de juntarse y excluirse, de desconocer y reconocerse, cómo adquiere espesor social y relevancia cognitiva lo que pasa en y por los medios y las nuevas tecnologías de comunicación. Pues es desde ahí que los medios han entrado a constituir lo público, a mediar en la producción de imaginarios que en algún modo integran la desgarrada experiencia urbana de los ciudadanos: ya sea sustituyendo la teatralidad callejera de la política por su espectacularización televisiva o desmaterializando la cultura y descargándola de su espesor histórico mediante tecnologías que, como las redes telemáticas o los videojuegos, proponen la hiperrealidad y la discontinuidad como hábitos perceptivos dominantes.

Oteando el futuro.

Después de casi treinta años de docencia e investigación me encuentro hoy con que el ámbito de la cultura, y en especial el de la comunicación nos plantean interrogantes

muy fuertemente ligados a las incertidumbres y los miedos que permean este fin de siglo, que lo es también de milenio. Hoy nos toca asumir el fin de un mundo que está desapareciendo ante nuestros ojos sin saber hacia qué otro tipo de mundo nos dirigimos. De ahí que el calibre de las preguntas no encuentre respuesta entre los fragmentos de saber que son las ciencias y devuelva una inusitada vigencia a la filosofía, única capaz de hacerse cargo de las preguntas por el sentido de la técnica y de la ética. En esta marcha acelerada de la sociedad hacia no sabemos bien dónde, las tecnologías de información y comunicación han pasado a ocupar una dimensión fundamental de la cultura cotidiana, es decir de la percepción de lo próximo y lo lejano, de lo presente y lo pasado, de los gustos estéticos y hasta de los rituales religiosos. Nunca antes se había hecho tan evidente que por el mundo de la comunicación pasa estructuralmente la puesta en común del sentido o el sin sentido del vivir en sociedad, ahora a escala del globo.

Pensando desde ahí el campo de la comunicación se halla hoy primordialmente ligado al espacio del mundo, al territorio de la ciudad y al tiempo de los jóvenes. Al mundo, pues la globalización no se deja pensar como mera extensión cualitativa o cuantitativa de los estados nacionales, y nos hace pasar de lo internacional a lo mundial. Como afirma O.Lanni, el globo ha dejado de ser una figura astronómica para adquirir plenamente una significación histórica. Ahí están las redes poniendo en circulación a la vez flujos de información y movimientos de integración a la globalidad tecnoeconómica, y la producción de un nuevo tipo de espacio reticulado que debilita las fronteras de lo nacional y lo local al mismo tiempo que convierte esos territorios en puntos de acceso y transmisión, de activación y transformación del sentido del comunicar. A la ciudad como nuevo escenario de comunicación y lugar de emergencia de un sensorium nuevo, cuyos dispositivos claves son la fragmentación -no sólo, de los relatos sino de la experiencia, esto es la des-agregación social- y el flujo: el ininterrumpido flujo de las imágenes en la multiplicidad de pantallas encendidas que es lo que verdaderamente seduce y retiene al espectador. Donde ese sensorium se hace socialmente visible hoy es en los jóvenes y en sus serias dificultades de conversación con las otras generaciones: nunca esa conversación estuvo tan llena de distancias y de malentendidos. Pero estoy convencido de que el mundo joven es hoy el espacio primordial de expresión de los cambios que experimentamos quizás más expresivo aun que el propio arte. La desazón de los jóvenes está hablándonos, tanto o más que el arte, de nuestras incertidumbres y nuestras rabias: el problema es que no sabemos descifrarlas, no tenemos las claves hermenéuticas que nos permitan entenderlas.

En esta situación necesitamos reaprender el sentido de la crítica, el sentido que tiene hoy pensar críticamente la comunicación. Al desbordar el orden de la explicación especializada, los retos que la "sociedad de la técnica" nos plantea están exigiendo ser reubicados en ese otro régimen del pensar que es el de la comprensión. Que es desde el que podemos plantearnos la pregunta por el sentido de la crítica. O dicho de otro modo. ¿Cómo repensar las tradiciones desde las que pensamos: desde el mundo de la estrategia o de la táctica? Creo que la crítica hoy debería aprender de la lucha secular de los sectores populares que, al no poder escoger ni el tiempo ni el

lugar, desarrolló en ellos un peculiar sentido del "desciframiento de las ocasiones" y de la lógica de las coyunturas". O no es verdad que, con el desdibujamiento de las ideologías y el abandono de las utopías, el pensamiento crítico ha ido perdiendo su territorio propio y se encuentra hoy luchando desde el campo que traza y domina el adversario? Exilado de su espacio, y en cierta manera de su tiempo, por el emborronamiento de su pasado, el pensamiento crítico sólo puede otear y dibujar futuro abandonando las seguridades en que se resguardaba y volviéndose nómada.

Y la primera clave de un pensamiento nómada reside en asumir esa desubicación que nos desazona empujándonos, machadianamente, a hacer camino al andar esto es a imaginar el futuro. Fue -hace dos años y medio, mientras embalaba mi biblioteca para retornar de Cali a Bogotá cuando descubrí un pequeño libro de Margaret Mead- "Cultura y compromiso", que apareció publicado a comienzo de los años setenta - y que no ha dejado de inquietarme y aportarme. Allí encontré otro "mapa nocturno" sobre la relación entre la aceleración de las transformaciones en la cultura y los modos de comunicar, y el ahondamiento de nuestros miedos al cambio. Para enfrentar esos miedos, aconseja la antropóloga debemos "reubicar el futuro", pues si para los occidentales el futuro está delante de nosotros, para muchos pueblos orientales el futuro está detrás, y la posibilidad de construir una cultura " en la que el pasado sea útil y no coactivo" pasa porque ubiquemos el futuro entre nosotros: pues ya está aquí, pero necesitado de que lo arrojemos y ayudemos a nacer, porque de lo contrario, si nos quedamos esperándolo será demasiado tarde. Para M. Mead, el lugar privilegiado de gestación del futuro no es la ciencia ni el arte sino esa desconcertante experiencia cultural de los jóvenes que no cabe en la secuencia lineal de la palabra impresa, pues remite a un aprendizaje fundado menos en la dependencia de los adultos que en la propia exploración que los jóvenes habitantes del nuevo mundo tecnocultural hacen hoy de la visualidad y la sonoridad, del cuerpo y la velocidad. Pensar críticamente la comunicación implica imaginarla como modo de relación con el pasado y forma de construcción de futuro.

No puedo terminar esta reflexión sin hablar de la profunda experiencia de comunicación en la que me hallo inmerso desde que volví a residir en Bogotá. Lo que yo buscaba con ese cambio de residencia era desubicarme del espacio académico para reubicarme en un espacio social menos mediatizado. Pero lo que nunca pensé es que ese descentramiento iba a exponerme tan densa y cotidianamente a las sacudidas del volcán que es hoy este hermoso pero desgarrado país que es Colombia. Narraré sucintamente una experiencia de comunicación con Bogotá, y a su través con el país. Invitado por las gentes que, desde el Instituto Distrital de Cultura y Turismo, habían puesto en marcha las políticas culturales de la administración Antanas Mockus (un profesor de filosofía y matemáticas que llegó a la alcaldía de Bogotá desde la Rectoría de la Universidad Nacional y cuyo programa de gobierno se denominó "Formar ciudad") para evaluar y asesorar esas políticas, me encontré de la mañana a la noche inmerso en una encrucijada de procesos y demandas que han dejado maltrechas muchas de mis ideas sobre las relaciones entre comunicación y cultura. Nombraré solo una. Aquella que centra la atención del investigador de comunicación en los procesos de segmentación de los públicos y especialización

estandarizada de los productos, en su convergencia con aquella otra idea rectora en el diseño de políticas culturales según la cual éstas son aplicables únicamente a las culturas institucionalizadas y en ningún modo a la cultura cotidiana, al ser una forma de vida y de sentido, no sería abordable por regulación alguna. Frente a esa bien armada argumentación, la experiencia me puso ante una política de "cultura ciudadana" que durante tres años tuvo como objeto-eje la cultura cotidiana, ésa que tejen las relaciones de los ciudadanos, desde la relación con el chófer del bus a las de los funcionarios con los usuarios de los servicios públicos, pasando por las relaciones de las pandillas de jóvenes con los vecinos del barrio o las de los constructores y la gente con el espacio público. Fue a partir de ahí, de las reglas de "ordenamiento de la cultura ciudadana" que fueron desarrollándose las políticas sobre culturas especializadas, es decir las culturas del arte. Y fue a partir del movimiento de "cultura ciudadana" que muchos artistas de la plástica, la música, la danza, el video, el teatro o la literatura, replantearon el sentido de su propio trabajo, pues se reencontraron con su ser de ciudadanos a través de un trabajo creativo que entrelazó su propia producción con las prácticas expresivas mediante las cuales las asociaciones de vecinos o las pandillas juveniles tejían los lazos de pertenecía al territorio de los barrios, o recobraban memorias, es decir reinventaban y rehacían sus identidades. Un nuevo modo de comunicación con la ciudad en cuanto "espacio común a ordenar respetar y convivir estaba permitiendo a mucha gente del campo de las artes y las comunicaciones re-descubrir el sentido que de eso que antes de la caída del muro y del vaciado despolitizador de las ideologías, llamábamos el compromiso. El mío pasa hoy por lo que acabo de hacer con ustedes: tejer el lazo que anuda la experiencia con la narración, que es donde encuentran asidero mis mapas nocturnos, esos desde los que pienso y proyecto, desde los que imagino el futuro que los hombres construimos hoy en la aventura de la comunicación.